

MILAGRO ESPAÑOL

México, 1952

El genio, en España, no parece tener continuidad. En todo lo español decisivo encontraremos esa condición dura, inhóspita, de lo irrepitable; es más bien como un defecto del genio español, casi una impotencia, una imposibilidad de *sucederse*. El genio italiano, o el alemán, o el francés, se pueden recorrer con muy pocas dificultades; son, cada uno de ellos, una sola línea continuada, correlativa, histórica. El genio español, en cambio, no parece ser una línea, sino unos puntos, unos puntos que no llegan a formar línea alguna, brotados aquí o allá, saltados, rotos, caprichosos. De ese capricho, de esa suerte caprichosa es, quizá, de lo único que está seguro el español; por eso confía, es decir, cree, y apenas es otra cosa que creencia. El español es, principalmente, creencia, no tiene más remedio que ser creencia, porque casi no dispone de nada más; está como desamparado de todo, como huérfano de todo, y siente, sin duda, que su única posibilidad es el *genio*, o sea, algo grandioso, demasiado grandioso, pero que a él le parece posible, incluso familiar, por ese carácter anárquico, destartalado, sin ley, que suele tener el genio, y que lo hace más asequible, para el español, que el simple talento, ya que el talento se le aparece como algo relamido, de academia, de una dificultad despreciable. De ahí que la genialidad no la entienda el español como una categoría máxima, sino como un recurso desesperado. El español, que conoce su pobreza y su desorden, parece como si, a falta de otra cosa, se conformase, se aviniese a la genialidad que, muchas veces, no lleva dentro genio alguno y, claro, es entonces una locura.

OBRA COMPLETA, Tomo I
Pre-textos, Valencia, 1990